

Literatura

Viene de la página anterior

Guerra Mundial. El primer conflicto que arrasó Europa, de 1914 a 1918, sufrió algunos de los momentos más crueles y horribles que se recuerdan. De ello trata *La batalla del Somme, la batalla más sangrienta de la Primera Guerra Mundial* (Ariel), 426 páginas en las que Martin Gilbert relata un suceso aterrador, tanto que sirvió como inspiración al combatiente J. R. R. Tolkien para narrar después los pasajes más tétricos de *El señor de los anillos*.

Los datos ponen los pelos como bayonetas: tan sólo el primer día murieron 19.240 soldados y más de 36.000 resultaron heridos. Entre el 1 de julio de 1916 y el 18 de noviembre de 1916 cayeron para siempre más de 600.000 soldados británicos, franceses, alemanes y de la Commonwealth, y el doble resultaron heridos. Veinticuatro kilómetros de longitud y 10 kilómetros en el punto más profundo fue el escenario que acogió semejante horror. Sus 233 kilómetros cuadrados contienen hoy en día 150 cementerios de guerra. Es una de las batallas sobre las que más se ha escrito, aunque a España haya llegado poco. En esos cuatro meses y medio de infierno en la tierra se asistió al papel decisivo de la artillería para machacar las posiciones enemigas, la guerra (caballerosa, decían) en el aire, la irrupción en un conflicto bélico del tanque. El 1 de julio de 1916, tras dos años de guerra feroz, las tropas anglofrancesas de la región del río Somme se arrojaron sobre las alemanas para dar un golpe definitivo que arrancara del anquilosamiento el conflicto. Los sucesivos ataques contra las trincheras germanas permitieron ganar unos pocos kilómetros a costa de bañar en sangre la tierra. Sin embargo, tras esta carnicería el ataque frontal contra alambradas y ametralladoras tras la acción de la artillería fue sustituido, en parte, por el protagonismo de los blindados.

No en vano, el título original del libro es *Somme, el heroísmo y el horror de la guerra*. Y es que Gilbert presta más atención a lo que sucede a pie de campo de batalla en los infames despachos donde generales y políticos deciden mandar a los soldados al matadero. Tienen la voz (el grito) los soldados (británicos sobre todo, alemanes y franceses ocupan un espacio secundario) que tejen, con una narración a veces demasiado prolíja en detalles estadísticos, una angustiada telaraña que acerca al lector a las entrañas del horror.

ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

Diversificar, como todo en esta vida, tiene sus ventajas y sus inconvenientes. El que diversifica puede enriquecerse con experiencias de más de un campo, pero corre también el riesgo de que las distintas facetas de su trabajo queden tapadas las unas por las otras. William Maxwell, por ejemplo, tenía un enorme talento de escritor y como uno de los grandes está reconocido en los Estados Unidos, pero aquí, durante bastante tiempo su obra literaria permaneció tapada por su labor como editor del *New Yorker* —lo fue durante casi cuarenta años y allí trató con la punta de lanza de su generación literaria, gente como J. D. Salinger o John Cheever—. Con más de 70 años escribió *Adiós, hasta mañana*, una obra maestra absoluta que Libros de Asteroides ha devuelto no hace mucho a las librerías. En esta novela el narrador que utiliza Maxwell —que como él en aquel momento es un anciano— nos dice que “nuestros sentimientos encontrados son tantos que la vida nunca nos resulta del todo aceptable y tal vez correspondía al narrador reordenar las cosas de modo que se ajusten a tal fin”.

Gordon Lish, curiosamente otro editor y magnífico escritor —éste famoso por su trabajo en *Esquire* y por jugar a Pigmalión con Raymond Carver siendo la mano que metía la tijera en sus escritos—, podría firmar perfectamente la cita de Maxwell, pues en *Perú*, una novela que escribiría alcanzados los 50 años, lo que hace el narrador es justamente tratar de reordenar los detalles de una tarde sangrienta del pasado desde un presente abatido e inseguro. El argumento de *Perú* es tan

La debacle de Arnhem alargó un año la guerra

T. P. Beevor, como era de esperar, brilla con especial intensidad en el relato escalofriante del desembarco, pero no deja en la cuneta los casos de cobardía entre los aliados, el colaboracionismo de algunos franceses, la salvaje represión de las SS ni, por supuesto, lo poco que faltó para que una gran victoria fuera un estrepitoso fracaso. Cargado de humanidad en el relato de carne y hueso, bien documentado para darla versión alemana, y con momentos bellísimos dentro del horror (los proustianos me entenderán cuando lo lean), este libro es de los que no se olvidan.

No es precisamente una victoria lo que narra *Arnhem. Cruzando el Rin 1944-1945*, obra de Lloyd Clark publicada por Ariel. En septiembre de 1944, atravesar el río Rin era un paso fundamental para el avance aliado hacia Berlín. La operación *Market-Garden* llevó a 40.000 hombres tras las líneas enemigas al tiempo que las tropas terrestres se afanaban por llegar para unirse a ellos. El enemigo climatológico y la combatividad alemana infligieron una dolorosa derrota que haría durar la guerra un año más.

Sin la exhaustividad de Beevor, Clark no se detiene tanto en los detalles y ofrece una visión

Ya se dijo al principio: *El Día D, la batalla de Normandía* es una de las obras maestras (escasas) publicadas el año pasado. Que coleccionen nuevas ediciones no es casualidad. Sus 762 páginas marcan un hito en la bibliografía sobre la II Guerra Mundial, y dejan en pañales obras ya vetustas como *El día más largo* (1959), de Cornelius Ryan. Ya sabemos cómo se las gasta el autor de *Stalingrado* y *Berlín, la caída* a la hora de reclutar rigor, destreza narrativa y fulgor literario para ofrecer relatos históricos que se salen de lo trillado y ofrecen una visión novedosa y original acerca de episodios aparentemente agotados. Y es que Beevor no se conforma con complacientes y sesgadas aproximaciones al conflic-

to que pasen a engrosar la bibliografía escrita por los vencedores, sino que no deja caer en el saco roto aquellos capítulos *negros* que ensombrecen la imagen de los aliados en su empeño por acabar con la bestia nazi. Por ejemplo, la exposición del horror que sufrieron las poblaciones normandas en las vísperas del desembarco (veinte mil muertos y la aniquilación de ciudades enteras), lo que explica que la llegada de las fuerzas de *salvación* no tuviera, precisamente, una cálida acogida allí donde se convirtió a las poblaciones en víctimas de un martirio desmedido que, en el nombre de las necesidades estratégicas aliadas, guillotiné miles de vidas inocentes.

Casi olvidado está el papel de los *Espanoles en la Legión Extranjera francesa*, texto de Joaquín Mañes Postigo publicado por Inédita y que aporta una interesante y necesaria aproximación a la poco conocida aportación de los exiliados españoles en la historia del célebre cuerpo de élite galo, sobre todo durante la I Guerra Mundial y tras la Guerra Civil española. Mañes sabe de lo que escribe y desvela con un potente arsenal de datos las interioridades de un universo donde conviven todas las razas bajo la bandera de la disciplina y la obediencia ciegas.

to que pasen a engrosar la bibliografía escrita por los vencedores, sino que no deja caer en el saco roto aquellos capítulos *negros* que ensombrecen la imagen de los aliados en su empeño por acabar con la bestia nazi. Por ejemplo, la exposición del horror que sufrieron las poblaciones normandas en las vísperas del desembarco (veinte mil muertos y la aniquilación de ciudades enteras), lo que explica que la llegada de las fuerzas de *salvación* no tuviera, precisamente, una cálida acogida allí donde se convirtió a las poblaciones en víctimas de un martirio desmedido que, en el nombre de las necesidades estratégicas aliadas, guillotiné miles de vidas inocentes.

Crónica de una muerte anunciada

La narración minimalista de Gordon Lish en 'Perú'

sencillo como inquietante: una tarde de agosto de 1940 el niño Gordon —obsérvese el engranaje autotfeccional—, de 6 años, se va a jugar a casa de su vecino más rico, Andy Lieblich, pero esa tarde Andy está allí con otro amigo, Steven Adinoff, al que Gordon matará con una azada. Esa escena la reconstruirá minuciosamente mucho tiempo después el propio Gordon, cuando ya maduro y padre ve pasar unas imágenes en el televisor que lo devuelven a aquella tarde: “Resulta verdaderamente increíble que una persona caiga al suelo por algo que tú le acabas de hacer, es increíble cuando dejan de hacer lo que estaban haciendo y caen, de golpe, frente a ti”.

De estilo minimalista, Gordon Lish es capaz de concentrar en el calor pegajoso de una tarde de verano detalles obsesivos que se alzan en referentes de la complejidad histórica y social de un país como Estados Unidos y que llegan a convertirse en portavoces de la parte más oscura de la naturaleza humana, de la que por supuesto no está a salvo, ni muchísimo menos, la infancia: el negro enor-

me y silencioso que lava una y otra vez el Buick; la casa en propiedad de los Lieblich contra la casa en alquiler de la familia de Gordon; la niñera, con su sentenciosa lucidez; el silencio y la ambigüedad en torno al crimen; el aspecto de Andy Lieblich, siempre tan cuidado, tan blanco, tan perfumado, tan delicado, frente a la sólida apariencia arrabalera de Gordon; el perro Sir y la hermana de Andy con Gordon en el sótano; Steven Adinoff con su labio leporino, su rara pronunciación y esa madre a la que le aprieta el sujetador. Todo son detalles y más detalles que se engrandecen en el conjunto hasta convertirse en representativos de un mundo que Gordon Lish nos tira a la cara para impactarnos sin piedad.

Perú es una novela cuya maestría está precisamente en que su autor supo masticar muy bien el abismo que hay entre la enormidad de lo que cuenta —el asesinato de un niño cometido por otro niño— y el estilo concentrado, básico, que parece que no cuenta nada, con el que esa enormidad se nos revela.